

# EL DIBUJO INFANTIL COMO FUNCIÓN ESTRUCTURANTE DEL YO

*Dra. Miriam Rudaeff*

*A Ricardo Avenburg,  
gracias por tu mirada,  
tus gestos, tu sonrisa*

El dibujo, desde el punto de vista de lo imaginario, cumple la función de sostén narcisista de las identificaciones (constitutiva del Yo). Ya en 1888, B. Perez relaciona el fenómeno especular con el dibujo infantil. El niño delante de la imagen del espejo reconoce las personas, las cosas y se maravilla de este reconocimiento. También puede reconocer una imagen en un dibujo.

J. Lacan (1949) en su trabajo “*El estadio del espejo como formador de la función del yo*”, se refiere a la especularidad como la forma en que el Ser humano organiza y coordina su imagen.

Para D. Winnicott, la cara de la madre es precursora del espejo en términos del desarrollo y habilita la “mirada de la madre” como función original del dibujo infantil. La mirada es determinante de la identidad. Dice el autor: “*Advierto que vinculo la apercepción con la percepción al postular un proceso histórico que depende del ser visto: cuando miro se me ve, y por lo tanto existo. Ahora miro en forma creadora y lo que apercibo también lo percibo*”.

Otro autor, J. Nejamkis, basándose en Winnicott (“*Cuando miro se me ve*”), y en Sartre (“*Nadie es sino lo que la mirada ajena descubre en él*”), da fundamental importancia a la mirada y al tacto como promotora del dibujo: “*Entonces estos dos sentidos, la vista y el tacto interrelacionados en el sistema de equilibrio del cual forman parte, son tanto el origen del dibujo como la identidad [...] De todo lo antedicho, quiero destacar la importancia que tiene la mirada y el tacto como fuentes introyectivas y proyectivas de identidades parciales, en última instancia, de las interacciones comunicacionales*”.

A través del dibujo, el niño descubre, crea y usa su personalidad. La mirada es constitutiva y constituyente del yo del bebé. La mirada es esperada, buscada y promovida por parte del hijo, a la vez la madre es estimulada por esta función que circula entre ambos.

Decimos “mirada” porque el foco perceptivo se centra en los ojos pero en esta relación también están presentes los gestos, las palabras, los olores, el tacto, las emociones. La mirada de la madre es el primer escenario en el que el niño busca verse y aprender de sí. De esta mirada y este verse surge el escenario interior y el dibujo.

El escenario en el que el niño se mira es la mirada de la madre, que a su vez contiene todas las miradas en que esta se miró, en su propia madre y en la mirada del vínculo de pareja con el padre de su hijo.

La madre mirando al hijo representa el público mirando el escenario (mundo interno del hijo) y a su vez la madre es el escenario donde el hijo se ve a sí mismo con más claridad, a partir de lo que en ella suscita. Público y escenario se transforman y se encadenan, permitiendo una progresiva estructuración y enriquecimiento del Yo y de la identidad.

En el mundo interno es el Yo observador ante quien se representa la obra. Hay una continuidad entre la mirada de la madre, el Yo observador, su escenario y el papel en el que el niño dibuja. El dibujo infantil posee todo este interjuego de miradas.

El escenario es donde transcurre el mundo interno en forma de escenas. Es un espacio delimitado, no es rígido, ni pasivo, y es invisible. Por analogía a la función de teatro, al prestar atención a la escena, no se lo hace con el escenario. La escena a veces no ocupa plenamente el escenario, a veces no es perceptible, tiene zonas de luz, de penumbra, y de oscuridad. En el dibujo el niño se ve y busca entenderse como fue y es visto y entendido desde la madre.

Además de este registro de su mundo interno, pone a prueba sus logros motrices y expresivos que le dan eficiencia y autonomía sobre la realidad externa. El dibujar es un intento de reemplazar la función de la mirada de la madre en un proceso gradual hacia la autonomía, encontrando la mirada de la madre en sí mismo.

La infancia, con los cambios en lo psíquico y corporal promueve espontáneamente el dibujo. Cuando se consolida la identidad y la autonomía, habitualmente el dibujo desaparece como actividad espontánea.

El psicoanalista, en la sesión, cumple un papel semejante al que cumplió o debió cumplir la madre. Un niño en análisis es un testimonio en mayor o menor medida de una falencia de la mirada materna. El analista hace suya esta función para rectificarla. Es un “diagnosticador” de las miradas del paciente. Ve en el dibujo, un sucedáneo de ese interjuego de miradas madre-hijo.

El observador psicoanalítico aporta contenidos propios a la comprensión del mundo interno del niño con su experiencia, conocimientos teóricos y con su propio mundo interno. Esto es necesario para darle la profundidad, dimensión y la riqueza que realmente tiene, aportándole contenidos que no se ven en la imagen. Para ello utiliza el correlato verbal de los significados que el paciente expresa al dibujar. Le da claves para reconocer contenidos inconscientes, articula lo plástico con lo verbal y le brinda un contexto con sentido.

El analista hace suya la función de la mirada materna teniendo como premisa la reciprocidad de las miradas que son las que generan, condicionan y caracterizan el dibujo. Es inherente a todo dibujo una mirada transformada (y transformadora) del yo del sujeto en el objeto.

F. Dolto dice: *“Siempre que un niño dibuja, dibuja su retrato, de no ser así no dibujaría”*. El retratista (paciente), se retrata a sí mismo en el retrato del otro (analista) y lo usufructúa como imagen de sí mismo en el que puede registrar y experimentar su vivencia de cambio.

El retrato del psicoanalista, suele suceder con mayor frecuencia, como momentos privilegiados del análisis, en situaciones de desestabilización del yo, relacionados con el proceso transferencial.

## Bibliografía

- Lacan, J. (1949): El estadio del espejo como formador de la función del Yo tal como se nos expresa en la experiencia psicoanalítica, *Escritos I*, México: Siglo Veintiuno.
- Levin, Raúl E. (2005): *La escena inmóvil. Teoría y clínica psicoanalítica del dibujo*. Buenos Aires: Lugar.
- Winnicott, D. W. (1972): *Realidad y juego*. Buenos Aires: Granica.
- Meltzer, D. (1990): *La aprehensión de la belleza*. Buenos Aires: Spatia.
- Nejamkis, J. (1997): *Los estilos del dibujo en el psicoanálisis de niños*. Buenos Aires: Alex.